

Poder e ideología en el Mediterráneo oriental: Nuevas aproximaciones a los reinos helenísticos

[Power and Ideology in Eastern Mediterranean: New Approaches to the Hellenistic Kingdoms]

Álvaro M. Moreno Leoni

(Universidad Nacional de Río Cuarto – CIECS/UNC-CONICET)

moreno.leoni@gmail.com

Resumen:

En las últimas dos décadas los historiadores han prestado atención a numerosos y complejos fenómenos políticos durante la denominada “época helenística”. El siguiente trabajo intenta hacer una reseña para el público de habla hispana de tres libros recientemente publicados sobre los reinos helenísticos. Se discuten aquí sus principales líneas de abordaje de este fenómeno, ubicando al mismo tiempo a estas obras en el contexto de la historiografía actual sobre el tema.

Palabras clave: Reinos Helenísticos – Poder – Ideología – Mediterráneo Oriental

Abstract:

In the last two decades historians have paid attention to several and complex political phenomena developed during the so called “Hellenistic age”. The following paper attempts to review for the Spanish-reading public three recently published books on the Hellenistic kingdoms. It is discussed here their main lines of approaching to this phenomenon, placing at the same time these works in the context of the current historiography on the topic.

Keywords: Hellenistic Kingdoms – Power – Ideology – Eastern Mediterranean

Recibido: 23/06/2015

Evaluación: 08/07/2015

Aceptado: 07/08/2015

Poder e ideología en el Mediterráneo oriental: Nuevas aproximaciones a los reinos helenísticos¹

Cuando Alejandro Magno desembarcó en Asia (334 a.C.), dio comienzo a su campaña contra el Imperio Persa con un acto de una fuerte carga simbólica: Tomó su lanza y la arrojó contra la costa asiática en señal de guerra y, al recogerla luego, reclamó públicamente el territorio asiático como botín de guerra (δορικήτος χώρα).² Era un conquistador y venía a disputar, exitosamente a la postre, el dominio que la dinastía aqueménida ejercía sobre la región. El resto de la historia es bastante conocido. Las fuerzas persas fueron derrotadas en tres batallas campales y Darío III, último rey aqueménida, terminó asesinado durante su precipitada retirada hacia las altas satrapías. A partir de ese momento, Alejandro mutó su actitud de conquistador macedonio implacable, azote de los bárbaros, a la del vengador del rey. Su esfuerzo por rescatar el cuerpo de Darío y su afán de trasladarlo hasta Persia con todos los honores fúnebres no eran gestos altruistas. En efecto, la realización de estos actos lo colocaba ante la audiencia persa como un sucesor legítimo y, por lo tanto, Pierre Briant, el máximo especialista contemporáneo sobre el Imperio Persa, no sin algo de razón denomina paradójicamente al macedonio como “el último de los aqueménidas”.³

Alejandro Magno, sin embargo, no vivió lo suficiente para poder redefinir el orden político imperante en el Mediterráneo oriental. Murió joven, en Babilonia en el 323 a.C., y sin dejar herederos en condiciones de colocarse la diadema. Su hijo póstumo, Alejandro IV, y su medio hermano, Filipo III Arrideo, pronto fueron eliminados. La lucha entre sus generales, que comenzó a la muerte del rey conquistador, acabó con la unidad del imperio y generó fuerte inestabilidad en la región. Solamente pudo arribarse a un relativo orden, aunque nunca a un “equilibrio” como creía Édouard Will, una vez finalizado el periodo de drásticos acomodamientos ocurridos entre 281/276 a.C., tras el cual se asentaron las tres grandes monarquías helenísticas: Antigonidas, Seléucidas y Ptolomeos. Cada una de estas casas dinásticas había sido fundada por generales de Alejandro, o por sus descendientes como Antígono Gonatas (nieto de Antígono “el Cíclope”), que no estaban emparentados con los Argéadas/Teménidas. La legitimación se volvió, por lo tanto, un problema crucial. Si bien el control de ejércitos bastaba inicialmente para instalar a un individuo en el poder

¹ KOSMIN, P. J., *The Land of the Elephant Kings. Space, Territory, and Ideology in the Seleucid Empire*, Cambridge-Massachusetts, 2014; MUCCIOLI, F., *Gli epiteti ufficiali dei re ellenistici* (Historia – Einzelschriften N° 224), Stuttgart, 2013; MANNING, J. G., *The Last Pharaohs. Egypt Under the Ptolemies, 305-30 BC*, Princeton-Oxford, 2010.

² Diod. XVII.17.1-2; Justin. XI.5.10; Cfr. Arr. *Anab.* I.11.

³ BRIANT, P., *From Cyrus to Alexander. A History of the Persian Empire*, Winona Lake, 2002 (1996), p. 876.

–como sugiere la siempre citada entrada “*basileía*” de la *Suda*⁴, esto no podía convertirse en una estrategia política a largo plazo.

Los recientes libros de Federicomaria Muccioli, Joseph Manning y Paul Kosmin, cada uno a su modo, abordan la cuestión del proceso de construcción estatal de los reinos helenísticos. Dos cuestiones aparecen como particularmente sensibles en estos estudios: Por un lado, la construcción de la legitimidad dinástica (y personal) para controlar y para definir un territorio como propio. Por otro lado, la capacidad para extraer excedente y construir poder con el mismo. La ideología real, que muestra cómo los reyes percibían su lugar en la sociedad, cómo buscaban ser percibidos y el modo cómo se situaban para ejercer el poder de forma más efectiva, atraviesa estos tres recientes libros sobre las monarquías helenísticas, brindando claves para entender la relación entre ideología y poder en el Mediterráneo oriental entre los siglos IV-I a.C.

Muccioli llama la atención sobre los “epítetos” oficiales reales helenísticos, abarcando todas las monarquías helenísticas –incluso aquellas de origen “no macedonio”–, mostrando su importancia para reconstruir y comprender “la imagen y la propaganda del rey helenístico”. Manning, por su parte, se centra en los Ptolomeos, entendiéndolos como la última dinastía egipcia y, en ese sentido, procura explicar aspectos de la construcción estatal que llevaron adelante, pero no como un proceso impuesto “desde arriba”, sino como una progresiva penetración dentro de una estructura social ya existente. Finalmente, por su parte, Kosmin se centra en el Imperio Seléucida, reconociendo sus estrategias de definición territorial. A menudo se ha señalado que las mismas habían sido fallidas, pero el autor se detiene, por el contrario, en el relativo éxito de la dinastía en integrar su dominio y en construir poder en Asia durante ciento cincuenta años.

A continuación se enmarcará los aportes de estos estudios dentro de los tres siguientes debates historiográficos: 1) Los reinos como “Estados” helenísticos y el carácter activo o no de los reyes en su construcción; 2) el problema del “helenismo” en el Mediterráneo oriental, en el marco de las herencias políticas locales; 3) la corte, los intelectuales y su papel en la propaganda y en la ideología regia helenística.

Los reinos helenísticos como “Estados”

En su tratado *Περὶ βασιλείας* (*Sobre la realeza*), Teofrasto buscaba llamar la atención de los reyes sobre la necesidad de reinar usando el cetro y no, en cambio, la lanza.⁵ Independientemente de si los reyes leían o no esta clase de tratados filosóficos, o de si los filósofos tenían algún tipo de peso en las cortes helenísticas, la lección nacía de una observación de la realidad histórica de comienzos del siglo III a.C. Los nuevos

⁴ “No es la justicia ni la naturaleza lo que da los reinos a los hombres, sino la habilidad para mandar un ejército y gestionar los asuntos competentemente”: *Suda*, s.v. “*basileía*”.

⁵ *P. Oxy.* XIII, 1611, F 1, ll. 39-45.

monarcas tenían la necesidad de estabilizar sus reinos y, para ello, de construir su legitimidad. ¿Lograron este objetivo? ¿Cómo y por qué medios lo intentaron?

Con respecto al Reino Ptolemaico, Manning plantea que las aproximaciones en el pasado han partido de “un modelo desde arriba hacia abajo”, de imposición unidireccional del poder desde la cima de una “pirámide” jerárquica. En efecto, se creía que los Ptolomeos, por derecho de conquista, se habrían convertido en dueños absolutos de todo dentro de Egipto, y habrían gozado, por lo tanto, de una supuesta capacidad autónoma para moldear a su voluntad el sistema estatal por medio de decretos.⁶

Al respecto, dos pares de perspectivas enfrentadas sobre las monarquías helenísticas como “formas estatales” han dominado el centro de la discusión historiográfica. Por un lado, lo que podría considerarse una oposición entre un modelo de comprensión “colonial” y uno “neoclásico”. El primero entendería a la monarquía como algo accesorio, impuesto por la conquista y ajeno a la estructura de la sociedad receptora sobre la que se impondría, a voluntad, una exacción de recursos justificada por el derecho de conquista. El segundo, por su parte, apuntaría en cambio a reconocer los mecanismos a través de los cuales las monarquías actuaron sobre la sociedad receptora, que se convirtió en un “territorio”, político-social, en el que, para consolidarse, los reyes se vieron obligados a negociar recursos con distintos actores previos. Por otro lado, un segundo debate sería aquel que opondría a quienes consideran a estas monarquías como estructuras políticas “personalistas”, “carismáticas”, con bajo o nulo de nivel de burocracia, frente a quienes advierten en las mismas, por el contrario, ciertos signos de “institucionalidad”, “territorialización” y, en definitiva, de “estatalidad”. Señalemos primero algunos elementos sobre el primero de los debates, sobre todo, sobre el “modelo colonial”, contra el cual arremete específicamente Manning.

Hasta mediados del siglo XX, los historiadores trabajaban fundamentalmente con documentación papiírea, que por aquella época era mucho más sesgada geográfica, temporal y lingüísticamente que en la actualidad. En efecto, los primeros papiros editados provenían específicamente del área del Bajo Egipto y, casi exclusivamente, recogían leyes y documentos estatales que, como el famoso papiro de las *Revenue Laws* o “Leyes Fiscales” de Ptolomeo II acentuaban una mirada estatal “helenizada”. En el caso de actividades económicas privadas, los testimonios se limitaban, generalmente, a la información proporcionada por el archivo de cartas de Zenón (s. III a.C.). Este era un administrador de la *doréa*, o “donación real”, de tierras que Apolonio, *dioiketés* o “ministro de finanzas” de Ptolomeo II, había recibido de parte del rey y que explotaba intensivamente en el área de el-Fayum. Eran papiros escritos exclusivamente en griego, puesto que pocos documentos en demótico habían sido editados y traducidos hasta ese momento.

⁶ MANNING, J. G., *The Last Pharaohs...*, *op. cit.*, p. 35.

Mikhail Rostovtzeff interpretaba al Egipto helenístico, por ejemplo, como una fuerte entidad estatal ptolemaica, con sus reyes a la cabeza. Su racionalidad y carácter impersonal en la implementación de sus políticas, burocráticamente definidas y controladas, presuponían una cierta identificación del Reino Ptolemaico con los Estados nacionales modernos.⁷ Aunque puede matizarse la postura de Michel Austin sobre la obra del historiador ucraniano, de todos modos, es insoslayable la reificación de la categoría de “Estado” que imperaba en la *Historia social y económica del mundo helenístico* de 1941 (reeditada en 1952). A su vez, también la atribución de estas características parecía revelar, tendenciosamente, una supuesta racionalidad burocrática, tras la que se suponía la existencia de una maquinaria estatal colonial dispuesta a extraer hasta el último recurso del territorio egipcio. No había una problematización, por lo tanto, del carácter negociado del poder en los “Estados premodernos”.

En ese sentido, una de las preocupaciones de Rostovtzeff era evaluar la importancia de la introducción de herramientas fiscales y económicas griegas, tales como la moneda, los bancos o la inmigración de una “burguesía” griega, que, como instrumentos y agentes económicos más “rationales”, habrían permitido a los reyes organizar de forma más eficiente la extracción del excedente. En última instancia, la misma preocupación que la de Claire Préaux por el problema de la “economía real” en el Egipto ptolemaico y por su progresivo avance hacia una supuesta “economía de plan”, que habría fundado las bases materiales de un moderno Estado egipcio “helenizado” y habría luego desencadenado su crisis al asfixiar la actividad económica privada. El trabajo con esta evidencia papirácea sesgada, tendía, como bien sintetiza Manning, a reforzar modelos que veían en el Egipto ptolemaico una muestra, según como se enfocara la evidencia, bien de un supuesto “despotismo oriental”, de un “dirigismo” (¡y hasta incluso del “mercantilismo” o de la “economía de plan”!) o, más recientemente, del “colonialismo”.⁸

Manning había destacado, en un estudio anterior, cómo el marco institucional y social en el cual Ptolomeo se instaló en Egipto había condicionado la historia del reino durante los siguientes siglos. Sus sucesores tuvieron que implementar políticas diferenciales con respecto a la tierra, que era el principal recurso para la negociación con diferentes actores. Ahora bien, el territorio egipcio no era “homogéneo”. Las circunstancias, por lo tanto, variaban en la zona de la Tebaida en el sur, ocupada desde antiguo y, por lo tanto, densamente poblada, o en el-Fayum, tierra “nueva”, disponible para ser poblada con colonos, nuevos adeptos, y para crear recursos frescos por medio de impuestos. El estudio de Manning deja en claro, por lo tanto, que un modelo de poder impuesto desde arriba, “colonial”, no parece apropiado para comprender el caso de Egipto, puesto que los Ptolomeos no pudieron reclamar toda la tierra por derecho de conquista, sino que tuvieron que negociar en el marco de las estructuras previas.

⁷ AUSTIN, M., “Hellenistic Kings, War, and the Economy” (pp. 450-466), CQ 36 (2), 1986, p. 451.

⁸ MANNING, J. G., *The Last Pharaohs...*, op. cit., pp. 36-54.

El segundo de los debates, “monarquías personalistas” vs. “monarquías territoriales”, tiene un trasfondo en última instancia weberiano. En efecto, las formas de dominación carismáticas, que no parten necesariamente de un control efectivo del territorio como en el caso de los “Estados”, parecían quedar bien ejemplificadas para la historiografía clásica con el caso del Imperio Seléucida. Creado por Seleuco, sátrapa de Babilonia, era en muchos aspectos un caso distinto del país del Nilo. Su territorio era mucho más extenso, con una mayor población, pero también más heterogéneo geográfica y culturalmente: La meseta irania, la llanura mesopotámica, Siria y el norte del Levante, y Anatolia eran regiones con una historia propia. La capacidad de los Seléucidas para integrar estatalmente este amplio espacio geográfico fue puesta en duda de forma temprana por la historiografía clásica. La siguiente reflexión de William Tarn de 1938 puede resultar ilustradora:

“El imperio seléucida se parecía más bien a un crustáceo, que no crecía a partir de un centro sólido, sino encerrado en una concha externa; el imperio era un marco que cubría una multitud de pueblos, lenguajes y ciudades. Lo que realmente constituía al imperio era, oficialmente, un rey, un ejército, y una burocracia –los oficiales que gobernaban y cobraban impuestos en las numerosas satrapías...”⁹

Seleuco había sido incapaz, por lo tanto, de establecer un potente Estado y de controlar eficientemente el territorio de forma “centralizada”. En la actualidad, por el contrario, se está comenzando a admitir que la estructura administrativa seléucida era bastante más compleja y sofisticada de lo que se había sospechado en el pasado (“un sistema de gobernadores como un aparato de Estado coherente, unitario y organizado alrededor de la tensión de jerarquía, y no una laxa estructura feudal”).¹⁰ Visto lo cual, parece prudente en la actualidad matizar ciertas ideas expuestas por Michel Austin en un clásico artículo, en el cual indagaba acerca del carácter personalista de las monarquías helenísticas y su continuo involucramiento en las guerras. El caso seléucida parecía adaptarse particularmente bien a sus planteos (“En la raíz de la realeza seléucida estaba un grado extremo de centralización en la persona del rey...”).¹¹ Austin caracterizaba a los reyes como líderes militares carismáticos, defensores del territorio, pero incapaces de construir poder sin recurrir a un estado permanente de guerra. La dependencia del botín para tener recursos que redistribuir era la condición constante, en tanto permitía reforzar su liderazgo erigido sobre una red de vínculos recíprocos de lealtad tanto con sus tropas, como con sus *phíloi* (“amigos”; “cortesanos”).¹² Como señaló Préaux, un rey derrotado era una especie de oxímoron,

⁹ TARN, W., *The Greeks in Bactria and India*, Londres, 1938, p. 4.

¹⁰ MA, J., *Antiochos III and the Cities of Western Asia Minor*, Oxford, 2000, pp. 122-150, esp. p. 130.

¹¹ AUSTIN, M., “Hellenistic Kings...”, *op. cit.*; KOSMIN, P., *The Lands of...*, *op. cit.*, p. 176.

¹² AUSTIN, M., “Hellenistic Kings...”, *op. cit.*

puesto que la derrota desarticulaba los mecanismos redistributivos –y las redes de poder– sobre los que se basaba la frágil construcción imperial.¹³

En un plano ideal, por su parte, la victoria también era importante para los reyes. Muccioli lo advierte en su estudio sobre los epítetos, que en el caso de los Seléucidas (a diferencia del de los Ptolomeos) se encuentran muy ligados a la victoria militar: *Nikátor* (“vencedor”), *Kallínikos* (“glorioso vencedor”), *Nikephóros* (“portador de la victoria”), *Aníketos* (“invencible”), etc.¹⁴ Polibio, que narra en los libros X-XI de sus *Historias* la campaña de Antíoco III contra Eutidemo I de Bactriana, menciona los riesgos que el rey seléucida había corrido en medio de una batalla, en la que le habían matado el caballo e, incluso, él mismo había llegado a perder varios dientes.¹⁵ La conclusión del historiador es que esta expedición oriental “le hizo aparecer digno de la realeza (ἄξιός ἐφάνη τῆς βασιλείας) ante las poblaciones de Asia y las de Europa”.¹⁶ Muccioli advierte un vínculo entre este pasaje y la ἐπιφάνεια (“manifestación”; “aparición”) de las monarquías orientales, aqueménida y pre-aqueménidas, vinculada a una cierta legitimidad para reinar.¹⁷ Quizá sea exagerado, pues, por el contrario, puede más bien estar asociado con una ideología real de la victoria y, en última instancia, con la propaganda de los reyes seléucidas como “reyes-guerreros” (también con raíces próximo orientales).¹⁸

Propaganda no significa, sin embargo, falta de praxis, sino, en una sociedad con canales de circulación de la información limitados, todo lo contrario. La performance del rey en el campo de batalla era, en efecto, central para la conformación de un dispositivo ideológico que legitimaba para reinar. Por ejemplo, sabemos que de los primeros catorce reyes, de Seleuco I a Antíoco VII, diez cayeron en el campo de batalla.¹⁹ Ser rey era una profesión de riesgo, de ello no cabe la menor duda. Kosmin explica, por su parte, que esto estaba relacionado también con un aspecto específico de la monarquía seléucida, que requería para actualizar su poder frente a la población, y reafirmar su dominio territorial, de la presencia del rey en distintos puntos de su reino (y en las diferentes batallas): “los monarcas seléucidas tomaban posesión de su imperio viajando a través de él”.²⁰ Kosmin llama la atención sobre estos aspectos político-rituales del desplazamiento, sobre el despliegue durante la partida, durante el viaje y

¹³ PRÉAUX, C., *El mundo helenístico. Grecia y Oriente, desde la muerte de Alejandro hasta la conquista de Grecia por Roma (323-146 a. de C.)*, vols. I-II, Barcelona, 1984 (1978).

¹⁴ MUCCIOLI, F., *Gli epiteti...*, op. cit., pp. 333-352.

¹⁵ Pol. X.49.14.

¹⁶ Pol. XI.34.16.

¹⁷ MUCCIOLI, F., *Gli epiteti...*, op. cit., p. 283.

¹⁸ El tema más caro a la ideología real de la victoria, que incluso legitima el acceso al trono en los primeros años, es la victoria contra bárbaros (que no está del todo ausente en el relato de la campaña oriental de Antíoco III). En ese sentido, aunque centrado en la victoria sobre los celtas, es importante: STROOTMAN, R., “Kings against Celts. Deliverance from Barbarians as a Theme in Hellenistic Royal Propaganda” (pp. 101-141), en K. Enenkel y I. L. Pfeijffer (eds.), *The Manipulative Mode. Political Propaganda in Antiquity. A Collection of Case Studies*, Leiden-Boston, 2005.

¹⁹ BICKERMAN, E., *Institutions des Séleucides*, París, 1938, p. 13.

²⁰ KOSMIN, P., *The Lands of Elephant...*, op. cit., p. 142.

también durante la llegada a las ciudades, mostrando que el rey buscaba integrar en torno a su persona un vasto y heterogéneo espacio volviéndose un “centro itinerante”.²¹

En ese sentido, puede observarse, por un lado, que el reciente libro de Kosmin constituye una muestra de la preocupación actual por entender la dinámica histórica del Imperio Seléucida, atendiendo a su complejidad y especificidad.²² Por otro lado, constituye un ingenioso y documentado aporte que aborda también el problema de cómo la cultura de la corte seléucida contribuyó a través de la geografía y de la etnografía a imaginar los límites imperiales, como se comentará más adelante. Este libro contribuye además a redimensionar cómo, en la práctica, se intentó políticamente construir un territorio imperial a través de rituales y performances reales, mantenimiento de rutas y caminos, fundaciones de ciudades y colonización del territorio. Kosmin acuerda, en algún punto, con la perspectiva de negociación en la construcción del poder propuesta para el caso ptolemaico por Manning. El estado seléucida no se habría construido exclusivamente “desde arriba hacia abajo”, aunque las acciones de sus reyes habrían comportado cierto grado de “personalismo”.

Las fuentes seléucidas son comprensiblemente mucho menos abundantes que en el caso ptolemaico, aunque ello no sería el resultado, como a menudo se ha planteado, de la menor complejidad burocrática de la administración seléucida, sino, más bien, de la no conservación de sus documentos escritos en materia blanda. En esas condiciones se vuelve mucho más complicado reconocer los espacios de “negociación” más allá de los resultados de esas pujas: inscripciones, restos materiales, etc. De todos modos, las relaciones entre el rey (o sus representantes) y el poder local permiten captar cierto grado de negociación con diversos actores (ciudades, templos, etc.) dentro de una vasta realidad geográfica imperial. Gran parte del libro de Kosmin apunta justamente a explicar el rol de la ideología y de la práctica real en la construcción del territorio y, en ese sentido, busca reconocer cierta “estatalidad”, al menos en términos weberianos, al Imperio Seléucida.²³

En algunos casos, como en el de la definición imaginaria de las fronteras imperiales, el argumento de Kosmin se muestra sólido. En otros, como en el del fenómeno urbanizador, algunas cuestiones podrían quizá matizarse.²⁴ La intensa actividad

²¹ *Ibid.*, p. 151.

²² KUHRT, A. y SHERWIN-WHITE, S., *From Samarkhand to Sardis: A New Approach to the Seleucid Empire*, Berkeley-Los Angeles, 1993; MA, J., *Antiochos III...*, *op. cit.*; APERGHIS, G., *The Seleukid Royal Economy: The Finances and Financial Administration of the Seleukid Empire*, Cambridge, 2004; CAPDETREY, L., *Le pouvoir séleucide: Territoire, administration, finances d'un royaume hellénistique, 312-129 av. J.-C.*, Rennes, 2007; PRIMO, A., *La storiografia sui Seleucidi da Megastene a Eusebio di Cesarea*, Pisa, 2009. Clásicos sobre el tema: BEVAN, E., *The House of Seleucus*, Londres, 1902; BOUCHÉ-LECLERCQ, A., *Histoire des Séleucides (232-64 avant J.-C.)*, París, 1913-14; MUSTI, D., “Lo stato dei Seleucidi. Dinastie, popoli, città da Seleuco I ad Antioco III” (pp. 61-197), *SCO* 15, 1966.

²³ “el Estado es aquella comunidad humana que en el interior de un determinado territorio –el concepto del ‘territorio’ es esencial a la definición– reclama para sí (con éxito) el monopolio de la coacción física legítima.”: WEBER, M., *Economía y Sociedad*, México, 2008 (1922), p. 1056.

²⁴ KOSMIN, P., *The Lands of...*, *op. cit.*, pp. 183-221.

colonizadora seléucida es bien conocida: 87 asentamientos, entre fuertes (*phrouria*), asentamientos semiurbanos (*katoikiai*) y ciudades (*póleis*), han sido contados al oeste del Éufrates, mientras que habría habido unos 35 más allá de este río hasta la región de Sogdiana (Afganistán).²⁵ Kosmin no se detiene en la discusión del estatus jurídico de cada una de estas fundaciones, cuya naturaleza concreta solo puede inferirse hipotéticamente, sino que busca resaltar, en cambio, su sujeción política al Imperio. Para ello, pone el acento en la materialidad del plano urbano y en cómo se buscó articular en cada una de ellas un control del mismo desde la ciudadela (sede del poder real local). El fenómeno colonizador en sí mismo resaltaba además el intento de integración efectiva, tanto desde un punto de vista estratégico, con el control de sitios importantes y de rutas caravaneras centrales, como también ideológico con la construcción de la imagen del rey como un fundador y urbanizador. Además, los colonos eran “griegos” y “macedonios”, aunque no exclusivamente, que se instalaban en una ciudad con un plano hipodámico, en damero, lo que realzaba el carácter en teoría “heleno” del proyecto real.

Kosmin adelanta otra hipótesis. Para él, los Seléucidas construyeron el norte de Siria, la llamada “Tetrápolis” (Seleucia en Pieria, Apamea del Axios, Laodicea del Mar y Antioquía en Dafne), por medio de una topografía real, como el “centro de la dinastía”. Para ello, carga las tintas contra las tesis dominantes sobre la identidad del supuesto “centro” imperial seléucida.²⁶ Hemos observado que para Tarn el Imperio era un crustáceo carente de un “centro sólido”, pero esta visión despertó hace unos veinte años la crítica de Susan Sherwin-White y Amélie Kuhrt, quienes consideraron que el Imperio Seléucida podía ser mejor entendido como “centrado” en el creciente fértil (Mesopotamia, norte de Siria y la meseta occidental de Irán).²⁷ Otras áreas, como Asia Menor, o, incluso, las llamadas “Altas Satrapías” (Afganistán), deberían ser consideradas como regiones periféricas a este núcleo de mayor concentración demográfica y de recursos tributarios.

Kosmin proporciona al respecto argumentos sólidos, aunque debe reconocerse que no del todo originales, contra esta visión. De hecho, su postura ya es adelantada por John Ma, aunque este considera que la interpretación propuesta por Pierre Briant, a partir del modelo aqueménida, de un imperio policéntrico, con centros de poder yuxtapuestos en la figura de un “rey errante” resultaba más convincente.²⁸ Hacia el siglo III a.C. puede observarse, en efecto, la conformación de una estructura imperial de “reinos” vasallos conectados al centro imperial a través de lazos matrimoniales y de

²⁵ COHEN, G., *The Hellenistic Settlements in Europe, the Island, and Asia Minor*, Berkeley-Los Angeles, 1995; *The Hellenistic Settlements in Syria, the Red Sea Basin, and North Africa*, Berkeley-Los Angeles, 2006; *The Hellenistic Settlement in the East from Armenia and Mesopotamia to Bactria and India*, Berkeley-Los Angeles, 2013.

²⁶ KOSMIN, P., *The Lands of...*, *op. cit.*, pp. 93-119.

²⁷ SHERWIN-WHITE, S. y KUHRT, A., *From Samarkhand...*, *op. cit.*, p. 1.

²⁸ MA, J., *Antiochos III...*, *op. cit.*, pp. 7-8; BRIANT, P., “Le nomadisme du Grand Roi” (pp. 253-273), *Iranica Antiqua* 23, 1988.

intercambio ritualizado de regalos, de modo que “sólo el núcleo central del fuertemente urbanizado Creciente Fértil, y la estratégicamente crucial provincia de Media, permanecían bajo control real directo”.²⁹

Fuera de esas regiones centrales, el control territorial parece haber sido más difuso, con respeto de la autonomía local a cambio de presentes informales, ayuda militar y cierto reconocimiento de la preponderancia seléucida. Su predecesor directo, el Imperio Aqueménida, había llevado a cabo un titánico esfuerzo de estandarización del territorio imperial: Provincialización por medio del sistema de satrapías, la construcción de palacios y *parádeisoi* en las capitales imperiales, el trazado de caminos y postas, así como también la acuñación de daricos para fines oficiales restringidos (impuestos, tasas y soldadas de mercenarios). Todo este esfuerzo de control, y de uniformización, marchaba en paralelo con estrategias de control más laxas en áreas marginales, pero centrales para la seguridad imperial, como ocurría en el caso de las áreas montañosas del Zagros, las estepas de Escitia y el desierto al norte de Arabia. En esas zonas, el Imperio Persa renunció, como lo hicieron también los Seléucidas posteriormente, a establecer un dominio y una tributación directa: No se crearon satrapías allí y la negociación con estos actores, difusamente incorporados al dominio, marca en cierto modo los límites de todo Estado premoderno para controlar todo el espacio encerrado entre los límites espaciales de su supuesta soberanía.

Con todo, ambas nociones, la de un centro simbólico e ideológico ubicado en el norte de Siria, por un lado, y la del papel errante del rey, en la tradición aqueménida, como aglutinador del territorio, por el otro, encuentran un buen equilibrio en el desarrollo explicativo propuesto por Kosmin. Aunque en términos de lógica política (e ideológica) la tesis del centro sirio parece irrefutable –algo que se advierte, por ejemplo en la práctica sistemática de inscripción de la memoria del control seléucida en el espacio a través del uso de la onomástica dinástica en las ciudades de la Tetrápolis³⁰, la tesis de Sherwin-White y Kuhrt sobre un centro imperial en el antiguo Creciente Fértil no resulta seriamente amenazada. Independientemente de las críticas formuladas contra esta tesis,³¹ es realmente difícil no ver en estas regiones un área central en términos de los recursos económicos que, por medio de su administración y la tributación directa, aportaba para el sostenimiento del Imperio. Su riqueza agrícola explica que el destino del Imperio estuviera ligado, de forma dramática, al control sobre la inmensa llanura aluvial. A partir de mediados del siglo II a.C., cuando los partos empiecen a arrebatar el control de Mesopotamia tras la derrota de Antíoco VII

²⁹ STROOTMAN, R., “The Seleukid Empire between Orientalism and Hellenocentrism: Writing the History of Iran in the Third and Second Centuries BCE” (pp. 17-35), *Nāme-ye Irān-e Bāstān* 11 (1-2), 2011/2012, p. 23.

³⁰ CAPDETREY, L., “Espace, territoires et souveraineté dans le monde hellénistique: L'exemple du royaume séleucide » (pp. 17-36), en I. Savalli-Lestrade y I. Cogitore (dir.), *Des Rois au Prince. Pratiques du pouvoir monarchique dans l'Orient hellénistique et romain (Ie siècle avant J.-C. – IIe siècle après J.-C.)*, Grenoble, 2010, pp. 22-26.

³¹ Ver los trabajos del fascículo 2 de la revista *Tópoi* de 1994 dedicado a la discusión de la obra.

Sidetes (129 a.C.), los Seléucidas tendrán cada vez menos capacidad de reacción. La crisis dinástica interna y la intervención romana, en un contexto de debilidad y escasez de recursos, terminará por paralizar toda posibilidad de movilizar tropas.³²

Puede señalarse, por lo tanto, que los libros de Manning y Kosmin terminan mostrando, con respecto al problema del poder y de la estatalidad helenística, una clara tendencia en los estudios contemporáneos al acercamiento en las lecturas sobre los casos ptolemaico y seléucida. Cada uno de los casos tiene su historia particular, producto de las estructuras desarrolladas durante milenios y la acción dentro de las mismas de cada una de las dinastías, pero las diferencias eran menores que las pensadas en el pasado. En el caso ptolemaico, partiendo de interpretaciones que hacían primar el carácter todopoderoso del rey y su burocracia, se arriba a lecturas que reconocen los límites de una construcción del Estado exclusivamente “desde arriba” y, por lo tanto, que advierten la necesidad de la negociación en la construcción del poder. En el caso del Imperio Seléucida, se consolida una lectura que subraya la relativa agencia de los reyes y su capacidad para actuar sobre el territorio de su imperio e imponer su poder, alejándose de modelos que acentuaban la debilidad imperial. De ese modo, los paralelos entre ambas monarquías pueden advertirse de forma más notable, al tiempo que pueden permitir construir, sobre terreno más firme, estudios generales sobre los reinos helenísticos, lo que sería muy apropiado dada la necesidad de un estudio de esas características.³³

El “helenismo” en el Mediterráneo oriental y los reinos helenísticos:

La historia del mundo helenístico ha estado signada desde la publicación de la obra de Johann G. Droysen por la cuestión del “helenismo” y el problema del contacto cultural entre griegos y poblaciones locales en los territorios conquistados por Alejandro Magno. Para este historiador del siglo XIX, la respuesta era clara. El rey macedonio había sido un vehículo para la síntesis cultural, la “fusión” (*Verschmelzung*), entre lo “griego” y lo “oriental”. Este proceso de contacto cultural, sin embargo, no ha sido entendido siempre en los mismos términos y las respuestas de los historiadores, por consiguiente, han variado según la época. Desde la aceptación de la hipótesis de la “síntesis” cultural, hasta el planteo de modelos de “helenización” (o aculturación), de “impermeabilidad” cultural o marcado “bi-culturalismo”, llegando hasta los más

³² SHERWIN-WHITE, S. y KUHRT, A., *From Samarkhand...*, *op. cit.*, pp. 217-218; APERGHIS, G., *The Seleukid...*, *op. cit.*, p. 190, 193. Aperghis calcula la población total del Imperio Seléucida entre c. 281-190 a.C. entre unos catorce y dieciocho millones, de los cuales entre cuatro y cinco provenían de Mesopotamia y solamente casi dos millones de Siria: *Ibid.*, p. 247.

³³ El más reciente estudio, aunque necesita una buena actualización: VIRGILIO, B., *Lancia, Diadema e Porpora. Il Re e la Regalità Ellenistica*, Pisa, 2003.

recientes modelos que privilegian la compleja interacción y los procesos de “transferencia cultural” de tipo multidireccional.³⁴

Desde los estudios más clásicos se atribuía a los reyes helenísticos, en ese sentido, un papel como agentes activos de helenización de los territorios conquistados. Quizá como resultado de una implícita comparación con los modernos imperios coloniales, muchos autores creyeron descubrir en las acciones de los reyes un fomento activo del helenismo. Por ejemplo, se creía advertir esto en la política seléucida de fundación de ciudades y en la colonización o, en el caso ptolemaico, en la exención del impuesto de la sal –un tipo de capitación– para los maestros de griego, atletas y actores, así como su reducción para quienes fueran capaces de hablar griego. Medidas concretas no deberían ser consideradas, sin embargo, como políticas sistemáticas. En el caso de Egipto, podríamos preguntarnos, incluso, sobre cuál era la identidad de los *Héllenes* (“griegos”), consignados profusamente en los documentos ptolemaicos. Dorothy Thompson dice que estos “eran definidos en términos no de origen sino, más bien, por su educación o por su puesto en la administración”.³⁵ Algunos nativos egipcios podían, por lo tanto, ser considerados *Héllenes* (“griegos”).

Los reyes helenísticos, en particular los Ptolomeos y Seléucidas, necesitaban interactuar en varios ámbitos culturales y atendiendo a varias potenciales audiencias. Las representaciones reales ptolemaicas, calculadas para responder a una doble audiencia griega y egipcia, como ocurre con los sellos dorados que representan a los reyes con la diadema real macedonia y con la doble corona del Alto y Bajo Egipto.³⁶ También la representación de Ptolomeo IV en una estela conmemorativa de su victoria de Rafia (217 a.C.), en la cual este aparecía con ropa militar macedonia a caballo –en una pose típica de representaciones griegas a partir del siglo IV a.C. que aluden al *éthos* guerrero individual– y portando al mismo tiempo la doble corona.³⁷ Este aspecto

³⁴ Comprensivo estado de la cuestión: GRANDJEAN, C., HOFFMANN, G., et al., *Le monde hellénistique*, París, 2012 (2008), pp. 23-25.

³⁵ THOMPSON, D., “Literacy and Power in Ptolemaic Egypt” (pp. 67-83), en A. K. Bowman y G. Woolf (eds.), Cambridge, 1994, p. 75.

³⁶ KYRIELEIS, H., *Bildnisse der Ptolemäer*, Berlín, 1975, pl. 46 (*non vidi*), citado en: KOENEN, L., “The Ptolemaic King as a Religious Figure” (pp. 25-115), en A. Bulloch, E. Gruen, et al. (eds.), *Images and Ideologies: Self-definition in the Hellenistic World*, Berkeley-Los Angeles, 1993, p. 86.

³⁷ MANNING, J., *The Last Pharaohs...*, op. cit., pp. 81-82. Paul Stanwick, analizando el posterior cambio de imagen de Ptolomeo V en sus representaciones en el Delta, con elementos mixtos griegos y egipcios, sugiere que “dependiendo de la perspectiva de uno, este cambio podía representar una helenización del faraón egipcio o una egipcianización del rey griego”: *Portraits of the Ptolemies. Greek Kings as Egyptian Pharaohs*, Austin, 2002, p. 52. Nótese la similitud, por ejemplo, con la “Kinch tomb” de Naoussa (Macedonia) del siglo III a.C.: CHANIOTIS, A., *War in the Hellenistic World. A Social and Cultural History*, Malden, 2005, p. 196. La postura también se corresponde bastante bien con la pose del jinete, identificado con Alejandro Magno, que figura en el anverso de uno de los decadracmas que el propio rey mandó a acuñar para celebrar su victoria sobre Poro en el Hidaspes (India): HOLT, F., *Alexander the Great and the mystery of Elephant Medallion*, Berkeley-Los Angeles, 2003, pl. 4. En última instancia, la asociación entre la dinastía macedonia de los Argéadas/Teménidas y el caballo se observa en las primeras acuñaciones realizadas por orden de Alejandro I Filoheleno, tras la ocupación persa (479 a.C.): ALONSO TRONCOSO, V., “The Zoology of Kingship: From Alexander the Great to the Epigoni (336-c.250 BC)” (pp. 53-75), *Anabasis. Studia Classica et Orientalia* 5, 2014, pp. 54-55.

“doble” de la cultura política ptolemaica fue advertido por diversos autores: Willy Peremans habló de una naturaleza “bicéfala” y Ludwig Koenen de “la cabeza de Jano” del Reino Ptolemaico. Más recientemente, Susan Stephens, por su parte, se centró en algunos de los poetas alejandrinos –Calímaco, Teócrito y Apolonio Rodio– e identificó algunos elementos en sus obras de acomodación de dos lógicas culturales distintas, una egipcia y otra griega, y observó cómo las articularon en sus textos para que “ver doble” fuera una acción necesaria al leerlos. Esto sería, en su opinión, una muestra de la clase de nuevo diálogo cultural que estaba en marcha en Egipto, en general, y en Alejandría, en particular, que permitía a los lectores imaginar un nuevo tipo de monarquía macedonia y egipcia.³⁸

Aparentemente, el problema del “helenismo” y del rol de la monarquía en su “difusión” no sería central para Manning, quien está más preocupado, en cambio, por la cuestión de la “estatalidad” y de la tierra. Esto es solo aparente. Su problema general, en efecto, está directamente ligado a la nueva interpretación del Estado ptolemaico en términos culturales, puesto que le interesa “examinar a los Ptolomeos desde una perspectiva egipcia, con el objetivo de entender cómo, al adoptar un modo faraónico de gobierno, encajaron ellos mismos dentro de una historia egipcia de largo plazo...”.³⁹ Esta primera premisa está en sintonía, por otra parte, con la segunda ya esbozada, es decir, que los Ptolomeos gobernaron el centro de su territorio, Egipto, “ejerciendo poder no sobre la sociedad, sino más bien a través de ella”.⁴⁰ La imagen de una monarquía externa, impuesta como un dominio colonial, que ejercía su poder estableciendo una suerte de *apartheid* entre griegos y no-griegos es una invención historiográfica contemporánea, no una realidad antigua. Los Ptolomeos se adecuaron a una realidad cultural de diversidad, en la cual tuvieron que interactuar para desarrollar un Estado que no era ni egipcio, ni griego.⁴¹

Al respecto, Manning advierte la importancia de la adopción de los “antiguos modos de gobierno de la sociedad egipcia, que eran parte del sistema estatal existente”.⁴² Los Ptolomeos se comportaron como faraones, pero usufructuaron, al mismo tiempo, una relación entre el mundo griego y el egipcio que no era nueva, sino que llevaba varios siglos. La misma se había intensificado a partir de la dinastía Saíta, del dominio persa y de la última dinastía Nectanébida (“un largo proceso de entendimiento y acomodación entre dos culturas que habían estado en contacto directo y sostenido”).⁴³ La adopción de la ideología real faraónica fue importante, en ese sentido, para el reconocimiento de esta nueva dinastía, de reyes extranjeros y

³⁸ PEREMANS, W., “Les Lagides, les élites indigènes et la monarchie bicéphale” (pp. 327-343), en E. Lévy (ed.), *Le système palatial en Orient, en Grèce et à Rome*, Leiden, 1987; KOENEN, L., “The Ptolemaic...”, *op. cit.*; STEPHENS, S., *Seeing Double. Intercultural Poetics in Ptolemaic Alexandria*, Berkeley-Los Angeles, 2003.

³⁹ MANNING, J. G., “The Last Pharaohs...”, *op. cit.*, p. 1.

⁴⁰ *Ibid.*

⁴¹ *Ibid.*, p. 3.

⁴² *Ibid.*, p. 5.

⁴³ *Ibid.*, p. 27.

conquistadores, por parte de la población egipcia. El poder real tenía en la práctica, sin embargo, sus límites para penetrar “desde arriba” el territorio, “dictados por la producción agrícola local”, que era controlada ancestralmente por las élites aldeanas y por los templos.⁴⁴ Frente a esta historia previa, conformada institucional y socialmente a través de milenios, los Ptolomeos debieron posicionarse en el plano práctico e ideológico al establecer, negociando con distintos grupos, comunidades subordinadas leales y controlables. El acceso a tierras y la capacidad de captar apoyos y construir poder eran para ello esenciales.

La religión ha sido generalmente un canal privilegiado en el análisis de la legitimación del poder ptolemaico. En efecto, Alejandro se había dirigido al oráculo de Siwa para ser reconocido luego de que el último sátrapa persa de Egipto, Mazaces, se rindiera en Menfis sin combatir. También el propio Ptolomeo I se había hecho coronar como faraón en Menfis. Como Manning señala, la religión daba acceso a la sociedad local, pero el poder organizacional de la religión a nivel local podía convertirse, al mismo tiempo, en una fuente de resistencia no despreciable. Los templos en la Tebaida, al sur, muestran cómo, aunque los Ptolomeos no desafiaron su propiedad de la tierra, no se quedaron de brazos cruzados y buscaron debilitar su influencia a escala local. Para ello, reclamaron para el Estado algunas de las funciones que hasta ese momento los templos y la élite sacerdotal habían ejercido y monopolizado de hecho: almacén (graneros reales), recolección de impuestos (bancos reales) y resolución de disputas. Al mismo tiempo, los Ptolomeos, como nuevos faraones, revitalizaron templos, como en Edfu o Dendera, lo que les permitió negociar con otros actores y construir coaliciones así como también reducir las posibilidades de una oposición articulada a su poder.⁴⁵

No es extraño que Kosmin, más interesado por la dimensión ideológica e imaginaria de la realeza helenística, ponga mayor énfasis en la cuestión de las tradiciones políticas orientales adoptadas por los Seléucidas en el contexto de un imperio de tinte “multicultural” –este concepto requeriría una discusión aparte–.⁴⁶ En un trabajo publicado recientemente, el mismo autor ha estudiado algunos aspectos de la “co-presencia” de varias lógicas culturales, de acuerdo con la perspectiva del “ver doble” de Stephens, para mostrar la complejidad de las interacciones culturales en época helenística en el área de la baja Mesopotamia, que, en su opinión, no pueden reducirse ni a un fenómeno de “helenización”, ni a una continuidad inmanente de tradiciones locales.⁴⁷

La apropiación y el uso de las tradiciones políticas aqueménidas, fundamentalmente la del “rey errante” –con una compleja infraestructura de caminos reales, estaciones, jardines *parádeisos* y residencias en cada uno de sus grandes complejos palaciales–,

⁴⁴ *Ibid.*, p. 60.

⁴⁵ MANNING, J. G., *The Last Pharaohs...*, *op. cit.*, pp. 113-115.

⁴⁶ MORENO LEONI, A., “Reseña de: Gruen, Erich S., *Rethinking the Other in Antiquity*, Princeton, Princeton University Press, 2011, xiv + 415 págs.” (pp. 247-259), *NT* 30 (1), 2012, pp. 252-253.

⁴⁷ KOSMIN, P., “Seeing Double in Seleucid Babylonia: Rereading the Borsippa Cylinder” (pp. 173-198), en A. Moreno y R. Thomas (eds.), *Patters of the Past. Epitêdeumata in the Greek Tradition*, Oxford, 2014.

permitían realizar una performance del poder en el territorio imperial, tal como se había venido realizando al menos desde el siglo VI a.C. La herencia de las tradiciones persas es innegable, aunque Kosmin llama la atención también sobre los matices y corrige ciertos excesos historiográficos “continuistas”. Muy interesante es su análisis del episodio de la boda de Antíoco III con la hija de Cleptólemo, un aristócrata de Calcis de Eubea, que, tanto en Polibio como en Tito Livio, que seguían una tradición historiográfica hostil, era interpretada como una muestra de la sensualidad oriental que se derrotaba a sí misma.⁴⁸ Kosmin muestra cómo el matrimonio con la joven, y el darle como nuevo nombre Eubea, respondían, en cambio, a un complejo acto simbólico de subordinación e incorporación imperial del nuevo territorio, siguiendo tradiciones políticas tanto orientales como griegas.

De todos modos, como señalamos, Kosmin es cauto con respecto a la idea de una estricta continuidad entre las prácticas de poder aqueménidas y seléucidas.⁴⁹ El recorrido y suntuoso viaje de los reyes por el Imperio no era solo un paseo, sino que incorporaba un amplio rango de actividades militares, administrativas y ceremoniales, en el curso de las cuales, como en su participación en las ceremonias y rituales de cultos locales, los reyes interactuaban con un amplio abanico de tradiciones locales. El famoso cilindro de Borsippa, que recuerda la reconstrucción del templo Ezida por Antíoco I, acentúa una imagen real acorde con la tradición neo-babilónica. Kosmin muestra también, por ejemplo, que esta tradición pudo expresarse en otras prácticas seléucidas, como en el modelo de construcción de palacios reales en las nuevas fundaciones seléucidas, en el que al palacio se lo separaba del resto de la ciudad de forma artificial haciendo uso de propileos, muros y puentes, alejándolo, por lo tanto, del modelo persa, urbanísticamente más abierto.

El reconocimiento de un diálogo político-cultural entre tradiciones locales y greco-macedonias, reconocido tanto por Manning como por Kosmin, es radicalmente minimizado, en cambio, en el caso de la titulación real analizada por Muccioli. Por ejemplo, con respecto al caso del epíteto real “Epífanés” de Antíoco IV, puede observarse una interpretación distinta. Para Kosmin, el epíteto *Epiphanês* (“manifiesto”) debe ser entendido, primero, como parte de la representación política del “rey errante”, donde una estructura imperial policéntrica se simplifica, se encarna, en la figura de un rey siempre “visible” para sus súbditos. Segundo, el epíteto podría sustentarse en las tradiciones políticas mesopotámicas propias del primer milenio, en las que a menudo se atribuye la victoria del rey en la batalla a su *melammu* (“brillo divino enceguedor”).⁵⁰ Muccioli, por su parte, se muestra más escéptico al respecto. Aunque reconoce como llamativo que el nombre original del rey fuera Mitrídates, cambiado por Antíoco al momento de su coronación, considera que en el uso de este epíteto no habría un intento por presentar al rey ante diversos súbditos orientales como “dios

⁴⁸ KOSMIN, P., *The Lands of...*, op. cit., pp. 136-139.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 143.

⁵⁰ KOSMIN, P., *The Lands...*, op. cit., pp. 177-178.

manifiesto”, ya que el *theós* no siempre acompañaba al epíteto oficial *Epiphanês*.⁵¹ De hecho, en el caso egipcio, esto se observa más claramente, puesto que, aunque Muccioli advierte la importancia de los aportes de estudios como los de Koenen o Stephens sobre la doble imagen en el Egipto ptolemaico, advierte que no hay punto de contacto entre la titulación oficial, griega, y los títulos faraónicos. Ningún título griego fue calcado sobre los egipcios, mientras que sí se tradujeron estos últimos al demótico. En el caso seléucida, existe directamente una eliminación de los títulos oficiales greco-macedonios en el contexto babilonio, puesto que allí se recurre a la titulación tradicional mesopotámica.

Sobre este último punto, Muccioli, por un lado, reconoce que es imposible pensar el mundo helenístico desde la idea de “impermeabilidad” cultural, pero observa que no es posible advertir en el caso de las titulaturas reales oficiales, ptolemaica y seléucida – las más documentadas– rastros de “transferencias culturales”. La propaganda regia, de ese modo, parece construirse en los epítetos desde una mirada plenamente greco-macedonia.⁵² Por otro lado, Muccioli se adapta plenamente a la ortodoxia en los estudios sobre monarquías helenísticas, de “continuidad” con el dominio persa, puesto que asume la existencia de un proceso dinámico de interacción frente a cada audiencia y a cada pueblo del imperio. Los epítetos eran así parte de un lenguaje político eficiente para interactuar con una audiencia helenizada, pero había que asumir otros roles significativos frente a otras audiencias y otras tradiciones, siempre en torno al “cuerpo” del rey como núcleo del esquema imperial.

La corte, los intelectuales y la propaganda regia helenística:

Resulta difícil evaluar el impacto de la corte y sus intelectuales en la conformación de la ideología real. No tenemos un conocimiento preciso de cómo estaba conformada la misma, ni tampoco cuál era su marco de acción más allá de brindar consejo y colaboración al rey. En los últimos años, sin embargo, el conocimiento sobre los “amigos” (*phíloi*) del rey se ha incrementado notablemente a partir de completos estudios prosopográficos, que proporcionan los nombres, los perfiles y las carreras de cada uno.⁵³ Al mismo tiempo, el papel de los escritores e intelectuales presentes en las cortes, o cercanos en alguna medida al poder real, ha sido comprendido en mayor profundidad. En el caso de los poetas alejandrinos, observados en el pasado como intelectuales encerrados en una torre de marfil, su rol se ha revisado. El mencionado estudio de Stephens ha mostrado, al respecto, que debería evitarse una visión tan extrema, reconociendo una mayor cercanía entre literatura y política cultural en obras, por ejemplo, como las de Calímaco, Teócrito y Apolonio Rodio.

⁵¹ MUCCIOLI, F., *Gli epiteti...*, op. cit., pp. 291-298, cfr. p. 385.

⁵² *Ibid.*, pp. 380-386.

⁵³ SAVALLI-LESTRADE, I., *Les philoi royaux dans l'Asie hellénistique*, París, 1998.

No es fácil tampoco calibrar la naturaleza de la participación de los intelectuales en las construcciones ideológicas. ¿Las anteceden y contribuyen, por lo tanto, a darles forma? ¿Los reinos sólo se limitan a adoptar lo ya elaborado por estos? ¿O, por el contrario, los intelectuales dependen de narrativas oficiales a las que solo contribuyen *a posteriori*? Dado lo limitado de la documentación, no es posible dar una respuesta absoluta. Resulta más verosímil, como en algún punto observan los autores cuyas obras se discuten, pensar que los intelectuales recurrieron a temas comunes, ya con cierta circulación, y contribuyeron con sus obras a instalarlos como motivos centrales de la propaganda. Nuevamente, esto permite pensar una circulación más capilar del poder, evitando modelos verticales “desde arriba y hacia abajo”, entendiendo los límites y las capacidades concretas de los Estados premodernos.

Stephens señala con respecto a los alejandrinos que “estos poetas eran los hacedores de imagen para la corte ptolemaica”.⁵⁴ Muccioli acuerda con esta perspectiva, llamando la atención, por ejemplo, sobre el epíteto *Sôter* (“Salvador”) que recibió Ptolomeo I. En su génesis pudieron tener un papel destacado tanto Rodas, por haber sido socorrida por el rey durante el asedio de Demetrio Poliorcetes, como los poetas de la corte como Teócrito,⁵⁵ Apolonio Rodio,⁵⁶ Calímaco,⁵⁷ o incluso la performance pública en las *Ptolemaia* (c. 280-270 a.C.).⁵⁸ Muccioli también admite un involucramiento de los *philoí* en la acuñación de epítetos oficiales, como en el caso del de Ptolomeo V Epífanes. Se trata de una hipótesis difícil de probar, aunque tiene un carácter ciertamente verosímil. Quizá debería, sin embargo, permanecer en un plano hipotético.

Kosmin atribuye ciertamente a los miembros de la corte, e intelectuales en general, un papel más activo en el moldeado de ciertos aspectos de la ideología real. En los capítulos 1 y 2 se muestra cómo hombres de acción, diplomáticos y generales que escribieron obras de carácter etnográfico y geográfico, fueron actores claves para la delimitación imaginaria del territorio del Imperio Seléucida en sus fronteras oriental y nororiental durante el siglo III a.C.⁵⁹ Así, se discute las posibles implicaciones políticas de los relatos –fragmentarios– de Megástenes sobre la India y de Demodamas y Patroclo sobre Asia Central.

Megástenes, que escribió una *Indiká* o relato sobre la India, que se ha conservado en fragmentos en autores posteriores, como Diodoro Sículo, Estrabón, Arriano, así como también en la paradoxografía judeo-cristiana, fue un enviado seléucida que visitó la corte maurya de Pataliputra. En sus escritos, según Kosmin, contribuyó a redefinir la imagen de la India presente en los relatos etnográficos anteriores, pero, fundamentalmente, estabilizó imaginariamente la frontera oriental del Imperio

⁵⁴ STEPHENS, S., *Seeing double...*, *op. cit.*, p. 12.

⁵⁵ *Idyll.* XVII.38-39; 123-125.

⁵⁶ ROSTROPOWICZ, J., “Theoi soteris in den *Argonautika* des Apollonios Rhodios und Ptolemaios I. Soter” (pp. 191-201), *LF* 118, 1995 (*non vidi*), citado por: MUCCIOLI, F., *Gli epiteti...*, *op. cit.*, p. 84.

⁵⁷ *Del.* I.166.

⁵⁸ MUCCIOLI, F., *Gli epiteti...*, *op. cit.*, pp. 82-86.

⁵⁹ KOSMIN, P., *The Land of...*, *op. cit.*, pp. 31-76.

Selúcida para dar cuenta de las consecuencias del tratado firmado en 301 a.C. entre Seleuco I Nikátor y Chandragupta.⁶⁰ El relato etnográfico de Megástenes contribuyó así a volver “real” al Imperio Maurya, dándole una entidad política y territorial, en torno al Ganges, y permitiendo pensar una frontera clara entre dos “Estados” que se reconocían como equivalentes.

Delimitar la frontera norte, por el contrario, no era un asunto tan fácil. No existía allí, en Asia Central, una entidad política equiparable al Reino Maurya, sino una frontera mucho más difusa. Para Kosmin, la probable construcción de un altar a Apolo Didimeo por parte del general Demodamas era la materialización del establecimiento de un límite en el río Jaxartes (Sir Daria), reforzado discursivamente por el mismo agente en tanto escritor, cuando el mismo enmarcaba esta campaña selúcida dentro de una serie de actos precedentes mitológico-históricos de conquista de la región (por Dioniso, Heracles, Semíramis, Ciro y Alejandro).

Este discurso de Demodamas podría, aunque Kosmin sorprendentemente no lo hace, ser entendido como la creación de un *aitíon*, es decir, de una historia de fundación, que atestiguaba la presencia de dioses, héroes y reyes históricos en un determinado lugar y confería al mismo un fuerte significado, que contribuía a reconfigurar de forma imaginativa un espacio lejano en términos culturales griegos. Se creaba, de ese modo, la ilusión de que no se trataba de una intrusión grecomacedonia en la región, sino de una suerte de “retorno”.⁶¹ Así, Demodamas de Mileto,⁶² habría fijado imaginariamente una frontera “abierta” a la expansión, complementada, si se confía en Plinio,⁶³ con la erección de un altar a Apolo Didimeo. Además, este relato podría haber estado en relación con la renovada política colonizadora selúcida, que había llevado al repoblamiento de Alejandría *Eschatè* (Sir-Daria) en Sogdiana (Tayikistán, a orillas del antiguo Yaxartes) y su consiguiente refundación como “Antioquía en Escitia”.

Por su parte, Patroclo, otro de los generales de Antíoco I durante su corregencia y durante su posterior lucha por la afirmación de su autoridad tras el asesinato de su padre (281 a.C.), habría dirigido un viaje de exploración alrededor del mar Caspio, publicando al parecer un periplo sobre el mismo. Su obra fue bastante influyente, puesto que determinó la comprensión helenística y romana de la región durante siglos, incluso, parece haber sido decisiva para la cartografía medieval de la zona. Kosmin, sin embargo, pone el acento en que su comisión al área por parte del rey “fue un gesto de demarcación”, no una expedición estrictamente científica.⁶⁴ Al enviarlo a esa región, los Selúcidas pudieron estar interesados también en vincularse con la tradición política persa –y de Alejandro también– de exploración y control de los mares.

⁶⁰ En rigor, la tesis de Kosmin depende de su persuasiva crítica de la cronología y marco para la obra de Megástenes propuesto por Bosworth: *The Land of...*, *op. cit.*, pp. 261-271.

⁶¹ DOUGHERTY, C., “Linguistic Colonialism in Aeschylus’ *Aetnaeae*” (pp. 119-132), *GRBS* 32 (2), 1991.

⁶² La carrera de este *philos* real: SAVALLI-LESTRADE, I., *Les philoi royaux...*, *op. cit.*, pp. 4-5.

⁶³ *HN* VI.16.49.

⁶⁴ KOSMIN, P., *The Land...*, *op. cit.*, p. 68.

Ahora bien, Patroclo parece haber descrito el mar Caspio como un “golfo”, sosteniendo que al norte había un océano. Heródoto (I.203.1) había sido ya bastante claro con respecto a que se trataba de un mar aislado, siguiendo quizá el razonamiento de Hecateo de Mileto. ¿Por qué falsear estos datos de la expedición, de la que habría sido testigo ocular, y dar pie así a una tradición imprecisa y además contradictoria con la tradición? Kosmin no duda en atribuirlo, principalmente, al factor político y a las necesidades imperiales seléucidas en torno a la fijación de la lábil frontera norte de su territorio: “el pasaje nordeste de Patroclo proporcionaba al *oikoumenê* una frontera oceánica por el norte, hasta ese momento no registrada, y al territorio seléucida una circularidad y unidad territorial”.⁶⁵

Si bien las conclusiones generales del autor son persuasivas, debería relativizarse su afirmación final, de oposición entre los intelectuales de acción seléucidas y los “eruditos de sillón” alejandrinos. En principio, no parece apropiado un juicio moral sobre el carácter “saludable” de la acción-escritura de individuos como Megástenes, Demodamas y Patroclo. Tampoco debería pasarse por alto que el carácter “activo” que los intelectuales alejandrinos manifestaron en otros ámbitos, no sólo en la guerra o en la diplomacia. El profundo trabajo de redefinición de las implicancias políticas de la monarquía ptolemaica, y de consiguiente legitimación de su poder, llevado a cabo por “eruditos de sillón”, impide considerarlos como individuos encerrados en su torre de marfil flaubertiana.⁶⁶

A modo de cierre

Estos tres recientes libros sobre las monarquías helenísticas reconocen explícitamente la complejidad de su objeto de estudio. Como Ma ha señalado, en un ensayo de síntesis que ha hecho época, la monarquía helenística, o las monarquías, es un tema que requiere una ampliación de los horizontes para adaptarlo a la pluralidad de enfoques que implica.⁶⁷ Los tres estudios buscan desmarcarse de lecturas totalizadoras, ya sea en términos de continuidad o de cambio con respecto a las tradiciones políticas del Oriente Próximo. Los grises parecen ausentes en una representación en la que, por un lado, o se piensa en construcciones políticas radicalmente nuevas o, por el contrario, en continuidades con respecto al fenómeno imperial persa. Un balance entre ambas posturas parece difícil de alcanzar, pero necesario, algo con respecto a lo cual los tres estudios aportan su grano de arena.

En ese sentido, los tres autores han contribuido a minimizar, aunque no a suprimir, el peso del legado aqueménida, resituándolo dentro del nuevo contexto histórico de un sistema interestatal con múltiples actores de poder en competencia. Muy interesante,

⁶⁵ KOSMIN, P., *The Lands of...*, op. cit., p. 72.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 76. Cfr. MORI, A., *The Politics of Apollonius Rhodius' Argonautica*, Cambridge, 2008.

⁶⁷ MA, J., “Kings” (pp. 177-195), en A. Erskine (ed.), *A Companion to the Hellenistic World*, Oxford-Malden, 2005 (2003).

en ese sentido, es el intento de Manning de entender al Estado ptolemaico como un “Estado premoderno”, en el que los soberanos eran débiles en el control del territorio, particularmente, debido a las dificultades de la comunicación y del transporte antiguos, a lo que se sumaba una escasez constante de recursos humanos administrativos y de dinero. Todos reconocemos en la actualidad la importancia que ha tenido, por ejemplo, el trabajo de Norman Yoffee para desmitificar el carácter supuestamente centralizado y burocrático de los Estados arcaicos en Oriente Próximo; la continuidad, en ese sentido, parece notable en época helenística y, por lo demás, en las sociedades precapitalistas.⁶⁸ El estudio de Manning desmitifica, en buena medida, la capacidad ptolemaica, tan sobrevalorada por la historiografía clásica.

Junto con una justa reconsideración de las capacidades del Imperio Seléucida, esta desmitificación de las capacidades estatales ptolemaicas lleva a poner a ambos casos en la posición de Estados premodernos, con capacidades infraestructurales asombrosas para su época, pero limitadas para sus vastos objetivos. En ese sentido, Kosmin realiza un gran esfuerzo, a menudo exagerado, por rehabilitar la idea del Imperio Seléucida como poder territorial, proveyendo interesantes argumentos para sostener una tesis vitalista del mismo. En el fondo, lo que se observa es algo que hace tiempo se viene señalando: Que la gran diferencia que existe entre las lecturas históricas del Egipto ptolemaico y las del Imperio Seléucida radica en la calidad y la cantidad desigual de documentos administrativos de que disponemos para estudiarlos. No habría, sin embargo, que matizar tanto la cuestión de la amplitud territorial del Imperio Seléucida, y su consiguiente diversidad geográfico-cultural.

En ese sentido, el factor de la presión expansionista romana, como Kosmin acentúa, no debería ser infravalorado. ¿Qué habría ocurrido con Egipto si hubiera ido a la guerra contra Roma a comienzos del siglo II a.C.? Es difícil pensar que el resultado hubiera podido ser más halagüeño para los Ptolomeos que el obtenido por Antíoco III tras su derrota en Magnesia del Sípilo (189 a.C.). Independientemente de lo que Polibio pensara sobre la superioridad de la formación manipular romana sobre la falange macedonia, argumento desarrollado en un famoso pasaje del libro XVIII, es claro que la explicación profunda era mucho más compleja. Uno de los factores insoslayables del éxito romano fue la mayor capacidad de movilizar recursos, humanos y económicos, y, en la práctica, también la existencia de una aceptada diplomacia que logró sacar partido de la anarquía interestatal en el Mediterráneo oriental.⁶⁹

La diversidad y la complejidad del fenómeno de los reinos helenísticos encuentran su punto neurálgico en el intento por parte de los reyes de reducir lo local en lo unitario. En diversos contextos político-culturales de sus heterogéneos reinos, el rey helenístico se involucró en un juego de roles, que lo hacía aparecer ante sus súbditos

⁶⁸ YOFFEE, N., *Myths of the Archaic State. Evolution of the Earliest Cities, States, and Civilizations*, Cambridge, 2004.

⁶⁹ MARTÍNEZ LACY, R., “El testimonio de Polibio sobre el ascenso militar de Roma” (pp. 57-68), *NT* 18 (2), 2000.

babilonios como “el gran rey, rey potente, rey de todo, rey de Babilonia, rey de los países, hijo mayor de Seleuco, el rey, el macedonio, rey de Babilonia”,⁷⁰ ante los egipcios como faraón, ante los macedonios como rey y ante los griegos como el gran evergeta. Al mismo tiempo, estas apariciones, en las que se apelaba a un lenguaje político local, reconocible para sus súbditos, centraban al Estado en su figura, en su “cuerpo”, como rey y contribuían a construir poder.⁷¹ Los tres estudios, con sus matices, reflejan el derrotero que la historiografía sobre este tópico está siguiendo, al tiempo que aportan nuevas miradas y plantean renovados interrogantes.

Finalmente, los tres estudios limitan la agencia de los reyes en el sentido en que contribuyen a situarlos en una red de poder, de tipo político, cultural, económico y social, que actuaba a la vez como marco de posibilidades y como limitante. Más allá de la definición etimológica de monarquía como *arché* (“poder”, “mando”), de una sola persona, ninguna monarquía ha funcionado así jamás, la historia de los reinos helenísticos no es un conjunto de biografías, es algo mucho más complejo. Los reyes, por un lado, se situaban dentro de un territorio político, con múltiples actores y con una historia propia y, por el otro, construían poder en dicho territorio a través de las herramientas y de los aliados cuya lealtad eran capaces de ganar. Políticos, sacerdotes, intelectuales, colonos, son solo algunos de esos actores de un mundo plural y vasto que nos permiten reconocer en una historia de tipo tan aparentemente individual, como la de los reyes helenísticos, una historia profundamente colectiva. Las miradas parciales, multiplicadas en los últimos años, han brindado profundidad a nuestro conocimiento, pero hace falta una buena síntesis interpretativa de este caudal de información sobre las monarquías helenísticas. Esperemos que este vacío pueda ser llenado pronto.

⁷⁰ SHERWIN-WHITE, S. y KUHRT, A., “Aspects of Seleucid Royal Ideology: The Cylinder of Antiochus I from Borsippa” (pp. 71-86), *JHS* 111, 1991.

⁷¹ MA, J., “Kings” ..., *op. cit.*